

El abismo de tu mirada

José Agustín Blanco Redondo

Para Isabel Castillo López

*“Yo aspiro a un invierno que congele
la palabra y la haga eterna”*

María Alcantarilla

Sé lo que quieres decirme, con el borde de tus párpados, con ese atadizo de sueños que olvidaste en tus pupilas, sueños tenaces que se quedaron allí, anegados de lágrimas que aún se niegan a ser alumbradas, sueños que marchitaron tu piel hasta arrasarla, como cenizas en tierra de nadie tras el declinar de la batalla. Sé lo que quieres decirme, con la hondura de tus mejillas, con esa frente surcada de lamentos jamás esbozados, jamás tenidos en cuenta, prendidos aún en tus sienes de plata antigua, con esos labios que olvidaron hace demasiado tiempo la tersura de la sonrisa.

Sé lo que quieres decirme y para hablar conmigo solo necesitas el silencio, el silencio y el abismo de tu mirada para susurrarme que una vez la juventud halló morada en tu rostro, para recordarme que la belleza halló descansó durante demasiados inviernos en la curva de tus pómulos, en el cimbrar de tu cuello, para asegurarme que jamás has dejado de quererme, ni de esperarme, ni de llorar por la vileza de mi ausencia; para decirme que el tiempo, usurero de instantes y atardeceres, es ahora quien gobierna las trincheras que se arriman a tus ojos, a tu frente, a la encrucijada del mentón, al perfil endurecido de tus huesos. El tiempo, ese amo implacable que traza grietas en las manos mientras decide desterrar todos tus recuerdos.

.....

Nada más entrar en casa de la anciana, a Rosalía le parece que su madre permanece aún allí, que quizá se ha ausentado durante unos instantes a la tienda de ultramarinos, o a la tahona de la Virtudes, o a sentarse en ese radiante corrillo de costureras que se aprieta bajo el olmo de la plaza. Todo está como si acabara de marcharse, la cocina, el almirez de bronce sobre su soporte de madera, la rama de laurel junto a la chimenea, la loza reposando tras los visillos de la alacena, el hogar de la lumbre sin

rastró de ceniza, el olor a lavanda de unos manteles de lino que duermen en los adentros oscuros del arca de nogal, las alcobas y los pasillos en penumbra. Todo está como siempre, como si hubiera seguido ocupándose de las tareas de su hogar, sin ayuda, sin reconocimiento alguno, en soledad, sin conocer jamás la brisa liberadora de unas vacaciones. Parece como si ella fuera a entrar en cualquier momento, canturreando aquellas viejas coplas de los años sesenta, siempre bregando con la limpieza, con la colada, con los pucheros, con la costura. Rosalía se acerca a la mesa del comedor y recoge las cartas atadas con hilo de bramante azul, recoge los pañuelos bordados, las medallas de la Patrona grabadas en alpaca o, quizá, en cinc, o en aluminio, medallas empañadas por los años, cubiertas por la oscura pátina del tiempo. Decenas de fotografías que languidecen en retazos grises esperan sobre la mesa camilla, derramadas sobre el tapete de encaje de bolillos que ella bordó cuando la vista aún se lo permitía. La mujer las recoge, una a una, y una a una las contempla, abismada, antes de introducirlas en su lugar, en el interior lacado en ámbar de una lata de pimentón dulce.

Atardece sobre el brocal del pozo y por entre la vieja higuera que vierte sus ramas en el corral. Atardece tras la alambrada que servía de protección al gallinero. Atardece entre los escombros de la zahúrda donde hozaba, antaño, aquel cochino que cebaban con berzas, patatas cocidas, bellotas y moyuelo desleído en agua, un cochino que, al alcanzar las doce arrobas, servía para la liturgia ancestral del sacrificio, para el rito de la matanza de principios del invierno. Atardece también sobre la lánguida mecedora que permanece aún allí, fiel como un cachorro atento a la llegada de su amo, como esperando a que ella regrese para imprimirle esos suaves movimientos que incitan a la siesta.

Rosalía deambula luego por las estancias, lentamente, aspirando el aroma indeleble de la infancia, de su propia infancia, descubriendo con sus pupilas territorios que parecen inéditos pero que, de súbito, se encienden en su memoria, escuchando los quejidos de las baldosas del pasillo, el rumor de los pernios de las puertas, el gorgoteo hondo del agua al salir por aquel grifo carcomido de herrumbre, los mismos quejidos, los mismos rumores, los mismos sonidos de hace décadas, quizá algo más amortiguados por esas mismas décadas que imprimen también ancianidad a los objetos, rozando con los dedos de la nostalgia el cabecero de latón de la cama, el aparador, el armario con la luna encastrada en una de las puertas, las lámparas de bronce y cristal tallado, el baúl donde su madre

guarda las sábanas que trajo como ajuar y que jamás quiso estrenar, el reloj de pared cuyo péndulo dejó de funcionar cuando Rosalía no era más que una niña.

Todos los sentidos de la mujer están alerta, perplejos, atrapados en aquel hogar tal vez inmune al paso de los años. Luego, muy despacio, se acerca de nuevo al retrato enmarcado en madera que cuelga de la pared, el retrato de su anciana madre, y repite, una a una, todas las palabras que ha pronunciado en voz baja hace apenas unos minutos, apenas unas horas después de regresar para estar con ella, después de tantos años sin verla, ni una llamada, ni una carta, ni un abrazo. Tantos años sin abrazarla. Y ahora tiene que ser esa demencia que acaba de arraigar con avaricia en su memoria, la que haya logrado que Rosalía vuelva al pueblo. Su madre se lo dio todo a costa de todas las privaciones, le consiguió la mejor educación, le costeó una carrera con la que su hija pudiera desenvolverse sola, allá, en la capital, una carrera, - graduada en filología hispánica -, con la que lograr la independencia que confiere trabajar para uno mismo, sin un jefe que se embosque a tu espalda, sí, escribir literatura, narrar historias de ficción, como el mismísimo Salinger, o como Jack London, o como Roald Dahl, o escribir versos emulando a Quevedo, o a García Lorca, o a Vicente Aleixandre. Un oficio, transmutado en pasión, que le permitió elegir el tipo de vida que deseaba, sin servidumbres, no como le ocurrió a ella, como le ocurrió a toda una generación de mujeres buenas, sacrificadas, afanadas cada día en el silencio de esos trabajos jamás reconocidos, trabajos tal vez ignorados.

Y su madre, sin saberlo, la espera muy cerca - la mirada plácida derramada sobre un jardín de rosales y celindas, una lenidad como de terciopelo arrojando sus manos, la sonrisa sin encontrar el acomodo de unos labios que han olvidado la manera de sonreír -, en los adentros de una residencia especializada en el tratamiento de ese tipo de males, males que oscurecen la conciencia como una mancha de brea que se esparce sobre la escarcha de una mañana de invierno. Ni un abrazo, ni un beso, ni una llamada. Tantos años...

Y mientras perfila con sus pupilas los rasgos del semblante de la anciana en aquella fotografía enmarcada en madera que cuelga de la pared, a Rosalía se le ensombrece la voz, se le ensombrece el alma, como una lluvia negra, mansa, desolada, madre, a partir de ahora yo seré tu memoria, y la escribiré para convertirla en indeleble, para que todos la conozcan, y la valoren, y la hagan también

suya. Sí, madre, escribiré el relato de tu vida con estas mismas palabras: sé lo que quieres decirme, con el borde de tus párpados, con ese atadizo de sueños que olvidaste en tus pupilas...